

nes de agricultores y cazadores —pieles rojas, pigmeos, samoyedos...—, y en los pueblos nómadas de las estepas del Asia Central, estudiando las prácticas y creencias chamánicas. Henri-Charles Puech escribe un ensayo titulado «El príncipe de las tinieblas en su mundo». Recoge en él las creencias maniqueas y gnósticas que presentan al Diablo como un dios negro o contradiós, demiurgo creador de este mundo. Reproduce y comenta ampliamente algunos textos maniqueos —los kēphalaia—, mandeos y coptos, y los ilustra y rebate con citas de Agustín de Hipona. Cita una frase bellísima de Ibn-Murtada: «Entonces la oscuridad imaginó y labró con todas sus partes una forma horrible, y afectó a un viaje a través de variados infiernos, maravillosos y terribles, uno de los cuales podría ser nuestro propio mundo. El sentido de este artículo queda tal vez algo oscurecido por un error que supongo de traducción. Se llama repetidamente agnósticos a los gnósticos, lo que resulta un poco desconcertante.

Emile Brouette estudia la represión del satanismo en la Europa del XVI, explicándola por la crisis social, política y económica que atravesaba entonces el continente y por la misoginia que hacía aparecer a la mujer como puerta del infierno y vehículo ideal para la encarnación del mal en este mundo. El ensayo queda completado por la descripción del proceso seguido a Anne de Chantaine por brujería (1620-25) y por un cuadro sinóptico de los principales procesos de brujería, edictos legales y textos teológicos destinados a su estudio y represión.

Jean-Vinchon toca el tema del exorcismo, estudiando la figura del diablo tal como se manifiesta a través de los estados de posesión. Narra hechos que un cierto subgénero cinematográfico está popularizando entre nosotros. Admite la existencia de

la posesión diabólica y la diferencia de los estados psicopatológicos —epilepsia, esquizofrenia— con que la puede confundir. Es un ensayo curioso, pues mezcla el lenguaje psiquiátrico con un fondo absolutamente ingenuo y casi mágico.

Quizá el ensayo más interesante de este libro para aquellos que tengan en el diablo un interés más artístico y arqueológico que confesional, sea el de Germain Bazin, conservador del museo del Louvre. Supone a Satán como encarnación de lo múltiple y disperso, contrapuesto a la unidad, que es Dios, y estudia las mil formas que ha adoptado el negador en las artes plásticas, desde el bello demonio de los mosaicos bizantinos hasta las formas atormentadas de Goya. Satán mezcla, para manifestarse de forma visible, los aspectos más dispares de la creación, haciendo una labor de pintor surrealista al unir en sus criaturas elementos de naturaleza dispar. Bazin pone a Picasso como ejemplo de artista satánico, que rompe la unidad de la figura dividiéndola en planos múltiples, dispersándola. Diabolismo es, pues, caos y confusión.

El libro se cierra con una bibliografía extensa y detallada sobre Satán, establecida por el estudioso de lo oculto Roland de Villeneuve. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

El «gay-rock», entre la decadencia y la revolución

En los últimos años el término «gay-rock» ha venido a tipificar y aprehender confusa y demasiado ambigüamente a toda una forma «nueva» de expresión pública, circunscrita, en su génesis y degeneraciones, al mundo de la música «pop», y concretamente a esa forma agresiva, anarquizante y siempre fresca que es el «rock». Eduardo Haro

Ibars (1), en el estudio y análisis de las personalidades y los grupos que han alcanzado la efímera gloria que proporciona el super-«rock» —siempre devorador y explotador de protestas o lamés—, sitúa y desmenuza en sus aportaciones a los verdaderos «creadores» de este rollo y a sus epígonos glitterianos de pacotilla, encargados de desvirtuar, vender, prostituir, subvalorar y cubrir bajo

(1) Eduardo Haro Ibars, *Gay Rock*. Libro de la Colección «Los Juglares». Ediciones Júcar. 211 páginas. Madrid, 1975.

montañas de «glitter» el revulsivo que se podría desprender de las posturas de sus «reinas».

El autor del libro hace especial hincapié en el distanciamiento que estas superestrellas mantienen con respecto a las masas marginadas de «gays» —término «slang» que significa homosexual, pero «alegre», contrapuesto y conjurador de neurosis de culpabilidad o depresiones—, en las que se apoyaron para sus «trips» de plástico, dejando a un lado las exigencias de los grupos más revolucionarios del Gay Liberation Front, que no

sólo lucha en contra de la discriminación sexual, sino que pretende cambiar las estructuras que la determinan y perpetúan. Por otro lado, aclerta a situar en su contexto —el del «rock»— las diversas aportaciones de este «movimiento», el redescubrimiento y utilización del «espectáculo-música» sobre todo como plataforma «mixed-media-show» sobre la que escenificar a nivel del universo dominado por los medios de comunicación más sofisticados, ya que musicalmente el «gay-rock» no ha aportado nada nuevo

con respecto a los grandes del «rock», como Elvis Presley, Bob Dylan o Jimi Hendrix.

Las dos grandes figuras de esta «entelequia», Lou Reed y David Bowie, se han limitado a amalgamar y utilizar para sus fines las estructuras musicales ya desarrolladas previamente, integrándolas, eso sí, en una forma «nueva», que es precisamente el rollo en el que estamos y sobre el que Eduardo Haro desborda su crítica, yendo a las fuentes y descubriendo las influencias primarias, además de descri-

1887-1975 AGUSTI DURAN I SANPERE

Para mi familia, simplemente, el «tío Agustí». También lo era, en cierto modo, para toda la ciudad de Cervera, que le había visto nacer el día 5 de junio de 1887. Durante mi niñez, adolescencia, juventud y madurez, la presencia del tío Agustí por las calles cervarienses, a las que llegaba en sus vacaciones como director del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, era siempre una promesa de compañía intelectual, de magisterio indeleble, que al pasar los años se ha ido grabando en mi alma... Su trayectoria limpia de intelectual catalán, su amor a Cervera y a Barcelona, que resumen dos etapas de su vida, pueden ser hoy, en el momento de su muerte, el símbolo de una actitud que prefirió, por encima de todo, «la Obra Bien Hecha».

En su juventud cervariense se fue moldeando decisivamente su vocación de escudriñador de la historia. Los campos de la Segarra vieron sus primeros tanteos arqueológicos, en los que persistió de tal modo, que medio siglo más tarde tuvo aún ocasión de acompañarle muchas veces para terminar de esclarecer algún dato inseguro. Entonces yo era para él el futuro explorador de nuestra iglesia románica de Sant Pere el Gros, a extramuros de la ciudad, y aunque la vida me ha llevado por otros caminos, a enseñar en una Universidad americana, siempre he sentido cierta nostalgia por aquel destino truncado, que tan generosamente me brindaba y para el que, si lo hubiese sabido aprovechar, su magisterio me pertrechaba con las mejores armas.

Ahora, cuando le decimos adiós, encuentro en su propia vida la prolongación de aquella lección, que mi juventud no supo aprovechar. «Tornant-hi a pensar», volviendo a pensar en ello —diría con el título de uno de sus libros, aparecido en 1961—, evocó con él una vida que es un paradigma de honradez intelectual, en aquella Cervera posuniversitaria a la que yo debiera incorporar más tarde. De la mano de la arqueología —como un día la cantamos en unos «gozos» familiares Josep Solsona y yo mismo, dos de los letrados heridos de la familia—, piedra tras piedra, nos fue dando la historia de la ciudad a partir de 1917, la de su querida Barcelona, a la que bien podríamos decir que dedicara toda su vida, porque antes de morir ha podido ver coronada la obra que le dedicara con los volúmenes que acaba de entregarnos la Editorial Curial, en los que se advierte el celo feroz de su hija Lali.

Pero siendo enorme su polígrafa producción, que además de la arqueología amparó pronto la historia, la etnografía, el arte y la literatura, creo que Agustí Durán i Sanpere es, más aún,

un ejemplo de actitud humana, de ético comportamiento, que resplandece a lo largo de toda su vida. Una única anécdota: Después de salvar denodadamente los archivos catalanes en la Cataluña republicana durante la guerra civil —como nos lo recuerda Joan Ainaud en el prólogo al «Llibre de Cervera», de Durán i Sanpere—, al término de la guerra pudo trasladarse a Estados Unidos, donde le esperaba una Cátedra en Harvard. Renunció a ella para quedarse en Barcelona y someterse al juicio que los vencedores le hicieron, por entender que su presencia era necesaria para defender a quienes a sus órdenes no habían hecho otra cosa que ayudarle a salvar el patrimonio artístico catalán durante la contienda.

Otros hablarán de la obra ingente del historiador, del arqueólogo, del literato, del investigador del arte, del etnógrafo. Dejéme evocar aquí, en el dolor de la pérdida común, simplemente al hombre, al «tío Agustí»... ■ **JAIME FERRAN.**



Agustí Durán i Sanpere, en el Museo de Cervera, con el rector del Knox College, Inman E. Fox. (Foto: Gómez Grau.)